

CONDICIÓN

SEXUAL

DE LA

MUJER

EN LA

PAREJAÍNDICE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Nuestro trabajo trata sobre la condición sexual que ocupa la mujer en la pareja.

En el primer apartado hemos hablado sobre la dimensión síquica de la sexualidad. De esto, nos hemos informado con el libro de Ética Comunitaria de la editorial Larrauri del tema 3 (la sexualidad humana).

El segundo apartado trata de la mujer en el sexo, en el matrimonio y en la vida social. Está escrito de forma bastante subjetiva y que nosotras hemos creído acertada y de acuerdo. Sacado del libro Psicología de la mujer de Dora Kreiser.

En el tercer apartado hemos querido poner los problemas que hay en el matrimonio, por qué, quién es el causante, principales causas que frustran, etc. Del libro de Paul Hauck, Cómo hacer funcionar tu matrimonio.

SICOLOGÍA DE LA SEXUALIDAD HUMANA

1. – DIMENSIÓN SÍQUICA DE LA SEXUALIDAD

Al hablar de la vida síquica del hombre, se apunta que el ser humano no es solamente cuerpo, sino también espíritu, y que, en consecuencia, posee una vida que trasciende el carácter de la mera corporalidad, integrada por ideas, sentimientos, emociones, afectos, proyectos, sueños...

Esta vida síquica del hombre no es en absoluto ajena a las actividades de su vida biológica, puesto que la vida orgánica y la vida síquica son dos instancias de una misma vida, la de la persona humana, existiendo entre ambas una relación de dependencia y de interacción recíprocas.

Por esta razón, el estudio de la sexualidad humana ha de pasar necesariamente por una reflexión pormenorizada de su dimensión psicológica o síquica, lo que comporta:

- Reconocer que en las relaciones sexuales humanas existe un componente psicológico. El acto sexual orgánico está siempre acompañado por un conjunto de sentimientos, emociones, afectos..., y por un bagaje cultural, educacional, ambiental y social, todo lo cual imprime unas determinadas connotaciones al ejercicio de la sexualidad.
- Comprende que, paralelamente al desarrollo orgánico de la sexualidad, tanto en el hombre como en la mujer, debe producirse un desarrollo síquico de la misma. Cuando no existe este paralelismo armónico entre la sexualidad orgánica y la psicológica, se produce una distorsión interna en la unidad del ser humano,

de la que pueden derivarse comportamientos sexuales anormales o enfermizos.

- Conocer los distintos aspectos de las sicologías evolutivas, diferencial y tipológica en relación con el desarrollo psicológico de la sexualidad de los individuos. Esto contribuye a un mayor conocimiento de cada persona y, consiguientemente, al hecho de que cada ser humano reciba el tratamiento adecuado.
- Ser conscientes de que, tanto la educación familiar, como el ambiente y las costumbres sociales, deben contribuir a que las sicologías masculina y femenina de los individuos se desarrollen convenientemente, de suerte que exista una justa y equilibrada correspondencia entre la psicología y el sexo, tanto en el hombre como en la mujer.

2. – *PSICOLOGÍA EVOLUTIVA DE LA SEXUALIDAD*

En general, se llama Psicología evolutiva a la disciplina que estudia los cambios psicológicos que experimenta el ser humano a lo largo de las diversas etapas de su vida.

La sexualidad no es algo que aparece bruscamente en un determinado momento de la vida, sino que constituye una característica innata a la persona humana y, consiguientemente, nace y se desarrolla con ésta.

Si a nivel biológico la diferenciación sexual se inicia ya en el instante mismo de la fecundación y el desarrollo orgánico de los sexos es objeto de un proceso continuado, parece lógico pensar que a nivel psicológico el desarrollo debe pasar también por un proceso psicosexual que, a lo largo de las diferentes etapas de la vida, de forma evolutiva, da como resultado final la plena aceptación del propio sexo y la adecuada configuración de una sexualidad psicológicamente sexual y completa.

Cuando el individuo, en sus manifestaciones y comportamientos sexuales, no procesa de acuerdo con cada etapa de su vida, sino que se estanca en alguna de ellas, o incluso retrocede a una etapa anterior, aparecen dos fenómenos patológicos, denominados fijación y regresión:

- Fijación sexual: es el estancamiento de la vida sexual en una etapa concreta del proceso evolutivo de su desarrollo psicológico.
- Regresión sexual: es el retroceso de la vida sexual a una etapa anterior a la correspondiente en el proceso evolutivo del desarrollo psicológico.

Por lo demás, en el desarrollo psicosexual del humano se diferencian tres etapas fundamentales: niños, adolescencia y juventud, y edad madura, aunque se estudian a continuación de forma independiente.

PSICOLOGÍA DE LA MUJER

1. – *¿QUÉ SIGNIFICA PSICOLOGÍA DE LA MUJER?*

¿Qué representa ser mujer? Evitemos responder brutalmente a semejante pregunta, resolviendo el problema con términos de glándulas y de hormonas, no porque estas no influyan sobre la feminidad, sino porque hasta ahora se les ha querido atribuir un predominio demasiado exclusivo sobre la voluntad y la inteligencia de la mujer. ¿Acaso no se oye decir con ramplona vulgaridad que una mujer razona por los ovarios? ¿Como si el hombre dispusiera de sus órganos equivalentes!

Ser mujer, nos dirían los lectores avisados en Dante y Petrarca, significa ser criatura privilegiada. Y lo dirían firmemente aferrados al concepto de mujer angélica hecha todo espíritu e inmaterialización. De hecho, si bien tan lejos de nuestro tiempo y de nuestra mentalidad, el dulce stil novo nos dejó un error que aún no se ha disipado: la idea de una mujer frágil, casi inconsciente, pura proyección de los deseos masculinos en lo imponderable de la nada. El error de una mujer aburrida, que termina creyéndose emparentada con los querubines, y que, hasta una edad tardía, se consiente así misma insulsas niñerías, o, lo que es aún peor, actitudes de místico abandono a la indiscutible voluntad del hombre.

Ser mujer no significa absolutamente nada, comentarían los negadores de la feminidad. Entre hombre y mujer –afirmarían, por el gusto de lo paradójico– sólo hay una diferencia sustancial: la física. Por lo demás, la mujer puede hacer exactamente todo lo que hace el hombre. Intelectual y psicológicamente es igual que él. Y tenemos aquí, nuevamente falseada, la imagen femenina, identificada con la trabajadora, atlética y sabia, que engendra hijos y en seguida los entrega a cualquiera que pueda quitarles el peso de educarlos. Puede decirse que cada cual atribuye a este nombre (mujer) el valor de una interpretación personal o de una situación momentánea, como si ella valiera solamente en virtud de lo que sabe hacer o de lo que aparenta. (Viceversa, el hombre siempre es el hombre: nadie osaría clasificarlo en categorías según la ocasión o las preferencias.) Sobre la condición prevalece la figura de la madre, la amante, la esposa, la empleada, la prostituta, la doncella; se diría, en definitiva, que ella existe y vale solamente en cuanto viene definida por su estado civil o por su actividad.

Muy distinto es el destino del hombre, el cual existe y vale simplemente porque ha nacido hombre. Basta pertenecer al sexo fuerte para cualificarse delante de la sociedad.

¡Bah...mujeres! dicen los hombres cuando no conocen o no quieren conocer los motivos de ciertas conductas femeninas. Y los puntos suspensivos, en frase tan preferida por la lógica masculina, quiere decir muchas cosas, pero sobre todo una: que la mujer es una criatura incoherente, que es inútil esforzarse por comprenderlas, y que es mejor aceptarla tal cual es.

A menudo no puede evitarse que la reacción femenina, sea violenta. Infinidad de mujeres reaccionan mal ante esta insoportable condición de ser inferiores en inteligencia y se vengan. Pero en la mayoría de los casos se trata de una venganza perjudicial a sí mismas, y que no merma lo más mínimo la convicción masculina (y por desgracia, a veces, también femenina) de que, haga lo que haga, la mujer lo hará mal, o al menos no tan bien como lo haría el hombre. El matrimonio del que se habla en América y a veces también en Europa, es, precisamente, una de estas reacciones, una rebelión descompuesta que aboca en la soledad y desesperación. La mujer no puede pagarle al hombre con la misma moneda y sin sufrimiento; no puede humillarlo, descuidarlo, traicionarlo, destruirlo sin destruirse al mismo tiempo así misma. Tratando al hombre como habitualmente ella es tratada, precipita la situación. El hombre, tan magnífico, tan intelectualmente superior, tan valiente, tan fuerte, no logra soportar por mucho tiempo este trato tan humillante sin hundirse psicológicamente, sin volverse ridículo, chismoso, superficial, charlatán. Por el contrario, la mujer logra superar ciertos abusos sin caer en estos defectos, sin envilecer su naturaleza, sin perder su dignidad. Habrá quienes invocarán una vez más el destino femenino de sumisión al hombre. Sin embargo, no creemos puedan justificarse, de ningún modo, siglos enteros de predominio masculino sobre la mujer, con tantas humillaciones e injusticias. Puestos a comparar parece más cierto que, en igualdad de condiciones, la mujer supera al hombre. Uno es complemento de la otra, y viceversa. Es tan sencilla esta constatación, que hasta parece ridícula hacerla. El hombre no es al mismo tiempo el polo positivo y negativo de la misma pila, sino uno sólo de ambos, y el otro es la mujer, sin la cual no habría energía, luz, ni vida.

Cualquiera otra afirmación conduciría a una forma de racismo. Ni la poesía ni la llamada caballerosidad masculina podrán oscurecer esta verdad. Si quizá velarla, como durante siglos lo han hecho con la complicidad de las generaciones y, a veces, con la aprobación de la misma mujer, halagada por tantas atenciones y deferencias por su presunta fragilidad. Por suerte hoy estamos a punto de terminar con este mal entendido. Los hombres empiezan a darse cuenta de que obtienen mayores ventajas y satisfacciones con una mujer-compañera que con una dominada e incapacitada. Desde luego que existe la gran tentación de recompensar a esta mujer-amante-compañera-amiga con la inmediata renuncia a cualquier forma de delicadeza, que se sustituye malignamente por actitudes bruscas que no son casuales y que hieren la sensibilidad femenina, no destruida por la reconocida paridad de sexos, sino por el contrario, clarificada. Es decir, se está pasando de un extremo al otro; y la mujer, una y otra vez, acepta todos estos abusos, con lo que demuestra siempre una incomparable capacidad de adaptación.

Resulta difícil señalar cuánto y por qué tuvo origen el concepto de feminidad. Situarlo en tiempos remotos, antes de la era cristiana, nos parece improbable. Es cierto que se ha visto siempre al hombre trabajando,

combatir, desarrollar lo que hoy llamaríamos funciones oficiales. Pero si hemos de creer en los descubrimientos arqueológicos, en las imágenes de mujeres que nos ofrecen las esculturas y los cantos de los antiguos poetas, podemos libremente representarnos a una mujer bastante evolucionada: una mujer como Penélope, capaz de mantener a raya a los Procios, o como Boadicea, reina de un pueblo bárbaro y guerrero. Las mismas divinidades paganas reflejan un juicio halagüeño de la mujer; Júpiter teme a Juno y la respeta, Minerva es la diosa de la sabiduría y de la inteligencia. Diana es una diosa cazadora y deportiva, y únicamente a Venus le corresponde el suave y gracioso deber de representar a la belleza femenina. Durante los banquetes, las matronas permanecían al lado de sus maridos. En los circos, asistían al sanguinario espectáculo sin turbarse ante la vista de la sangre derramada por los gladiadores. Y saboreaban, como sus esposas y sus hermanos, aquella bárbara diversión que el emperador ofrecía al pueblo. Las estatuas de la antigua Roma que admiramos en los museos, nos muestran mujeres hermosas, pero atléticas, dotadas de una corpulencia no menos fuerte que la de sus compañeros. Y en sus rostros de piedra leemos una común expresión de satisfacción, nunca de envilecimiento o resignación.

Debieron de pasar muchos años, incluso siglos, antes de que una jovencita se desmayara a la vista de un insecto o de una gota de sangre, dejando en duda a los hombres de si atribuirlo a la llamada sensibilidad femenina o más bien a los crueles corsés que utilizaban las mujeres en el siglo XIX. Además el término sexo débil es bastante reciente, y continúa utilizándose con sospechosa frecuencia, con desacierto, con ostentosa complacencia, por cualquier frágil representante del llamado sexo fuerte; el torpe parangón halla una satisfacción fácil de comprender, sentirse potente y privilegiado frente a alguien.

La fantasía popular subdividió más tarde la población femenina en dos categorías muy bien definidas:

- Las PECADORAS (culpables).
- Las criaturas místicas y dulcísimas. Esposas fieles y buena madre de sus hijos.

Con esta subdivisión maniquea de mujeres buenas y mujeres malas, el hombre se atribuía, arbitrariamente, una posición privilegiada. Al mismo tiempo que negaba a su compañera la posibilidad de sustraerse a tan rígida clasificación, delimitaba mejor dichos términos, o estrechaba más los límites, según conviniera y aseguraba para sí aquel predominio humano por el cual siempre combatió y por el que continúa luchando. En la mujer buena, el hombre buscaba a la esposa y a la madre de sus hijos. En la mujer mala, se procuraba la amante. La mujer pecadora permanecía en su lugar correspondiente durante toda su vida. ¡Ay de aquel que le atribuyera buenos sentimientos! Y, ¡ay! de quien adivinase, en la mujer buena, aspiraciones menos honrosas y deseos menos santos. La división debía ser neta, precisa, inexorable. En el siglo pasado eran los pater familias quienes condenaban las costumbres licenciosas de ciertas desgraciadas muchachas, pero ¡ay de ellas, si no hubiesen existido para hacer turbios sueños prohibidos! Para aumentar la numerosa fila de aquellas proscritas, se precisaba únicamente que un amor infeliz engendrara una criatura; desde ese momento, la madre soltera dejaba de pertenecer automáticamente a la categoría de las buenas, para ir a formar parte de la de las malas.

El hombre ha evitado siempre el contacto entre unas y otras con el pretexto de que el mal es contagioso. En efecto, se recuerda el pretexto de que el mal es contagioso. En efecto, se recuerda que hasta hace pocos años ninguna familia de bien admitía en su casa a ninguna mujer que no estuviese legítimamente casada con su marido. Parece increíble, y, sin embargo, si se retrocede mentalmente, nos encontraremos con que esta presunción no es tan lejana. Incluso podemos encontrar raíces de semejante hipocresía en más de una reunión actual.

Para demostrar que la infravaloración de las mujeres procede de la voluntad masculina, basta observar que el muro de separación lo constituyó no una serie de pecados inherentes a la naturaleza femenina en su complejidad, sino un tipo único de pecado, el que dependía exclusivamente del hombre, el pecado de la carne.

La más superficial, quizá, de las debilidades humanas deformada, agrandada. Ya no era un pecado entre los pecados, sino el pecado en absoluto, en el que desembocan inevitablemente todos los demás. Y de aquí que la

mujer de adapta, aprende a reprimirse o a desencadenar sus impulsos según los deseos del hombre y según la categoría en la que él la ha situado, se hace santa o libertina, tal como él la quiera. Para agrandarle, aprende a jugar con la mirada, a ocultar sus pensamientos más atrevidos tras sus entornados párpados, a ruborizarse, a hacerse esquivia, a dosificar hábilmente, sus ganas de vivir para que él, entendiéndola, no llegue a captarla del todo. En poco tiempo aprende a ser tonta y coqueta. Al envejecer, después, sigue tan dominada por la mentalidad masculina que se torna, y favorece la proliferación de vírgenes maliciosas y tontuelas, destinadas al matrimonio concertado y, naturalmente, falto de felicidad.

El mayor piropo que se podía decir a una chica guapa, hasta hace pocos años, era llamarla ingenua. Equivalía a afirmar que se casaría bien y pronto. Pero la ingenuidad está muy cerca de la ignorancia. Y, por otra parte, los estudios a que se dedicaban las jóvenes de buena familia eran más aparentes que sustanciales; lo suficiente para mantener una conversación, alguna frase en francés, bordar, tocar el piano y, a veces, canto. La inferioridad de la mujer podía así probarse por su falta de instrucción, y así no le era difícil, incluso al más cerril de los chicos, sentirse infinitamente más inteligente y más culto que su compañera.

La feminidad, hasta hoy, ha sido ésta. La reacción de las jóvenes modernas puede parecer irritante, desconcertante, pero históricamente queda justificada y, desde cierto punto de vista, resulta mucho más honrada que la virtuosa hipocresía de las abuelas.

A la luz de éstos hechos, la relación entre hombre y mujer ha tenido siempre una falsedad extraordinaria. Raras veces triunfa el amor, y casi siempre lo hace con consecuencias trágicas, atropellado por el razonamiento oportunista y burgués.

Puede decirse, sin temor a equivocarse, que el hombre se ha preocupado siempre poquísimo de entender a la mujer, a la par que ha pretendido ser comprendido por ella. Hablar de sicología entre ambos sexos es una difícil empresa, a menos que no quiera plantearse el argumento en términos críticos y negativos. Todo un tropel de parientes le han ido repitiendo tú eres el varón... y en primer lugar, la madre la ha ido confiriendo paulatinamente, incluso ante hermanas mayores que él, una indiscutible superioridad.

Cuando, más tarde, el muchacho entre, por primera vez, en contacto íntimo con la mujer, las cosas empeorarán. En la mayor parte de los casos se tratará de la relación mercenaria, y esta iniciación sexual inducirá al hombre a una mayor confusión. El trauma de la primera experiencia no le predispondrá, en el mejor de los casos, a acoger más favorablemente a la mujer que será su esposa. Todo un bagaje de prejuicios y errores harán de su futura compañera un ser extraño con el que, a menudo, él no verá la necesidad de armonizar su espíritu y se contentará con una satisfactoria armonía sexual. En otras palabras, y salvo excepciones, no se esforzará por enriquecer su vida conyugal desde un punto de vista psicológico.

La relación entre hombre y mujer no es una relación normal entre dos criaturas distintas, pero igualmente valiosas, sino entre un ser superior y un ser inferior. Al menos así se ha venido creyendo hasta hace poco, y puede afirmarse que hay muchos que lo creen todavía. Hoy ya no es corriente que los hombres se retiren al estudio, después de la comida, para fumarse un cigarrillo, mientras las esposas se entregan a sus vanas conversaciones. Sin embargo, muchos días de fiesta, por la tarde, y, en un ambiente mixto, se suelen formar todavía un círculo femenino y otro masculino. Si la conversación es general, por voluntad de la anfitriona o por el exiguo número de visitantes, casi siempre resulta vulgar y aburrida, y la participación de todos, y de cada uno, no es tan viva como se quisiera, ni como sería si se celebrase entre personas del mismo sexo.

Siempre el eterno misterio femenino. Los hombres, con estas palabras, disimulan su escasa voluntad de entender a la mujer. Resulta más cómodo y mucho más seguro. El hombre en el fondo, teme la competencia femenina en todos los campos, y prefiere halagar a la mujer atribuyéndole un papel que la distraiga de ideas peligrosas: el papel de diosa. No engañan ciertas manifestaciones de intolerancia juvenil contra una postura tan torpe. La costumbre de aceptar esta incomprensión se halla tan difundida y tiene tan hondas raíces, que hace falta el paso de muchas generaciones para librarnos definitivamente de ella. Y si, de haber revolución,

ésta no podrá ser exclusivamente femenina. Se puede imponer cualquier cosa a la fuerza, pero nunca la comprensión, nunca cualquier tipo de conciencia.

La mujer está condenada a la infelicidad. Infeliz el ama de casa tan a menudo constreñida a vegetal, a no vivir, según los esquemas impuestos por la sociedad. Infeliz es la mujer que trabaja fuera de casa, obligada a romper el cascarón de su feminidad con una violencia tal que corre el riesgo de destrozarse.

La sociedad no le consiente trabajar y mantener su independencia sin enfrentarla a graves problemas. El problema de la casa, el de los niños, el de su propia reputación a veces. ¿Qué hombre tendrá que pagar a este precio su libertad? A esa palabra infelicidad resulta difícil, sin embargo, darle un significado válido para todos. Algunos habrán observado que la mayoría de las mujeres parecen totalmente felices en su estancada inmovilidad. En este caso, se les puede rebatir diciéndoles que, de todos los significados posibles de la palabra felicidad descarten, ante todo, cuanto la haga coincidir con ignorancia, con no saber, con el renunciar a la propia libertad de elección, de vida y de acción. De este modo se llegaría al absurdo de afirmar que el más desgraciado de los hombres es, al mismo tiempo, el más satisfecho de sí mismo en cuanto ignora la posibilidad de vivir de otra manera.

Las diferencias entre la sicología masculina y la femenina son innumerables, aunque Freud omitió expresamente el profundizar en ellas. Entresacaremos algunas de las más importantes:

- La diferencia más evidente es la que se deriva de saberse físicamente diversos. Freud, por ejemplo, relata la sexualidad femenina sobre la masculina. No considera a la primera en su originalidad, y le atribuye a la niña un complejo de castración, derivado de verse diferente del varón. Sería inútil discutir sobre la oportunidad de introducir en las escuelas elementales de educación sexual, si los niños ya supieran en qué y por qué son distintos los hombres y las mujeres. Muchas veces es, precisamente, el misterio que afluye de tal famosa diferencia lo que transforma la cuestión física en una cuestión psicológica y moral. La niña aprende en seguida que el varoncito es más importante que ella, que el papá está más autorizado que la mamá. Pero inconscientemente, aunque sólo conoce la verdad de su cuerpo, se autogestiona hasta el punto de atribuirle un valor intrínseco a la condición masculina, tanto mayor cuanto más incomprensible resulte para ella.
- Existe una diversidad de actividades a las que se orienta el hombre y a la mujer. A la niña se le enseña lo que le servirá para ser útil y al mismo tiempo, permanecer en casa. Nuestras abuelas aprendían a bordar, nuestras a tocar el piano, nuestras hijas dibujaban, hacen vestidos para las muñecas, juegan con cacharritos de cocina y se imaginan perfectas amas de casa. Al chico, en cambio, se le saca pronto de casa; el patinete, la bicicleta, el fusil, con el que podrá descargar sus instintos agresivos, (que la niña se ve obligada a dominar), le muestran que la vida se hace fuera del restringido cerco familiar. Por el contrario, salvo raras excepciones, el destino de su compañera de juegos está inevitablemente marcado por la impronta materna.
- El hombre ha poseído siempre el privilegio de la fuerza física. En la antigüedad debió de representarle una enorme ventaja, pero hoy es sólo un pretexto más de superioridad frente a la mujer. Ya no estamos en los tiempos en que partía a la caza del dinosaurio armado de enormes porras, mientras la compañera permanecía esperándole en las cavernas. No obstante, la mentalidad sigue siendo casi la misma. Si en este terreno ha habido evolución, ha sido lentísima y en períodos aislados. La fuerza del hombre es aún la justificación de su independencia. Pero ¿cómo llamar entonces, sino fuerza física, a la de tantas pobres mujeres del pasado, deformadas por tan repetida maternidad y obligadas a trabajar en los campos y en las fábricas hasta desfallecer, a veces hasta unos momentos antes del parto? Ni entre los animales se llega a tanta crueldad. La hembra que incuba los huevos es asistida por su compañero, y hasta las tigresas y leonas hallan en sus machos protección y afecto. Todavía en nuestros días, y aunque dulcificada literatura rosa y optimista, la condición de la mujer embarazada no resulta envidiable, especialmente en ciertos estratos sociales. Se dice que el parto no es una manifestación de fuerza física, sino, simplemente, un acto animal. Con semejante pretexto, generaciones enteras de hombres han destrozado en silencio a generaciones enteras de mujeres. ¡Y qué cinismo dedicar a las valerosas compañeras de su vida un término tan despreciativo como el de sexo débil! Pongamos a prueba la debilidad de este sexo. ¿Quién es el que, de regreso de la

oficina, comienza de nuevo a trabajar en las faenas de la casa? ¿Quién en caso de enfermedad epidémica, se levanta del lecho para curar a toda la familia? ¿Quién pierde noches enteras de sueño para asistir a los hijos enfermos?

- También la ley ha contribuido, a través de los siglos, a acentuar la diferencia psicológica entre ambos sexos. Las mujeres tienen razón –escribió Montagne– cuando rechazan las reglas que rigen al mundo; los hombres las crearon sin su consentimiento. Ligada siempre a una familia, hace muy poco que la mujer ha empezado a liberarse del complejo de aislamiento. Por tradición, la mujer ha sido siempre un objeto, y a menudo, el matrimonio ha significado un cambio de propiedad. Y se trata de un objeto de difícil venta cuando todavía hoy, en muchas familias, el nacimiento de una niña es aceptado con resignación o disgusto. La ley no ha hecho sino ratificar este concepto de mujer–propiedad y le ha conferido solamente aquellos derechos provenientes de su incorporación al carro masculino. Sólo desde fecha reciente ha empezado la legislación a restituir a la mujer un poco de su dignidad.
- Respecto de los hombres, las mujeres no contribuyen en absoluto una minoría. Por el contrario, forman un número mayor que el de sus compañeros. Pero se trata de una ventaja numérica inútil. Las mujeres viven en medio de los hombres, ligadas a ellos por lazos de sangre y de afecto, y no podría ser de otro modo ya que la naturaleza ha hecho que el hombre y la mujer sean indispensables el uno al otro. Pero a pesar de constituir la mayor parte de la población mundial, ellas se encuentran debilitadas por su falta de cohesión y solidaridad. ¿Podría decirse de cuántas se jactan de estar mejor en compañía de hombres para dar a entender que su tipo de inteligencia las eleva hasta la propia mente masculina? ¿Cuántas mujeres estarían dispuestas a obrar contra la voluntad del marido o de los hijos por ayudar a otra mujer? Dígase a una escritora o a una periodista que su estilo es más bien masculino, se sentirá cumplidamente halagada. En cambio, si se le arguye a un escritor que sus obras entreverán una perspicacia exquisitamente femenina, de seguro se le herirá su amor propio y habremos ganado un enemigo para siempre. En otras palabras, las mujeres están de tal manera habituadas a su condición de subalternas que también hoy, en plena evolución social, se sienten honradas cada vez que se les acepta en un medio masculino. Las mujeres –admitirán ellas mismas, como si perteneciesen a otro sexo– son todas unas estúpidas. Con ellas no puedes hablar más que de recetas de cocina, de sirvientas o de trapos ¿Cuántas veces hemos oído esto? Si el hecho de que las niñas, en la escuela mixta, se muestren más diligentes que sus compañeros ¿no es acaso una prueba del latente complejo de inferioridad y un deseo de sobresalir con gran esfuerzo? Si un niño no avanza en la escuela, se dirá que no se aplica bastante, pero si sucede lo mismo con una niña se sacará la conclusión de que el estudio no es para ella, de que no es inteligente. Inconscientemente, las muchachas se dan cuenta de este destino y sienten que el privilegio de la escuela han de merecérselo con esfuerzo y sacrificio.

Todavía hoy, y a pesar de la ola de vulgaridad y pornografía disfrazada a veces bajo la forma de educación sexual de los adultos el antiguo disgusto frente a los *facts of life* no acaba de desvanecerse. Al hablar de sexo, de órganos masculinos y femeninos, prevalecen actitudes contradictorias y equivocadas como, por ejemplo, el pudor o la malicia. En base de tantas incomprensiones entre hombre y mujer está precisamente esta incapacidad de claridad y sencillez sobre un armamento que, por naturaleza, les interesan a ambos a la vez.

Un hombre y una mujer, aunque estén casados hace mucho tiempo, encuentran difícil dialogar franca y llanamente sobre sus relaciones sexuales. Todavía hoy, es mucho más fácil utilizar el sexo como argumento de conversación polémica o discusión, como si la presencia de muchas personas salvaguardase la esfera íntima de cada uno. El generalizar un argumento evita que se profundice en él individualmente. Pero a veces este interés común y difuso no hace empeorar las cosas. El sexo se hace teoría y es fuente de nuevas inhibiciones.

En realidad, lo que debe interesar a una pareja no es ciencia del sexo, el conocimiento de todas las posibles desviaciones, las teorías eróticas orientales, etc. Lo que de verdad les interesa a un marido y a una mujer es su propio comportamiento, las dificultades secretas de cada uno, las inhibiciones personales. Cada pareja tiene una vida sexual propia, capaz de perfeccionarse únicamente con un pleno entendimiento entre hombre y mujer.

Sólo una vida sexual feliz puede asegurar el equilibrio psicológico de una mujer que necesita del hombre, al menos, lo mismo que el hombre de ella. Una mujer que no se sienta atraída por el matrimonio, será mucho más serena y equilibrada si permanece célibe. Si se casara volvería probablemente, una mujer frígida e histérica que se perjudicaría a sí misma y a su marido. El mundo está lleno de solteras satisfechas de su propia vida por estar seguras de haberlas elegido ellas mismas y no de haberse visto condenadas a tal estado. Y está lleno, también, de mujeres neuróticas y descontentas, incapaces de acostumbrarse al deseo de sus compañeros e incluso levemente escandalizadas de las pretensiones masculinas. Y no citamos a las mujeres mártires, las más insoportables, quizás, para el hombre, que se consideran el acto sexual como una especie de tributo al hombre por su propio mantenimiento, por el hecho de tener asegurados casa y manutención.

Se ha dicho que, con el cristianismo, empezaron a subdividirse las mujeres según las categorías de bien y mal. Pero sería injusto atribuir a la religión la responsabilidad de haber liquidado así la experiencia femenina de siglos, y haberla condenado a la inmovilidad.

Si las mujeres se sintieron, inicialmente, atraídas por el cristianismo fue, precisamente, porque se sintieron comprendidas, como comprendidas se sintieron por Cristo todas las minorías oprimidas. Fueron los hombres quienes interpretaron, en beneficio propio, el Evangelio, y descargaron sobre la mujer la responsabilidad de sus pecados, pintándola como un demonio tentador, como la puerta del infierno.

Recientemente, ha aparecido el rechazo de la mujer, hacia esta especie de mercado que envilecía su naturaleza y ponía en duda el amor que el novio declaraba sentir por ella. Muchas parejas se casan actualmente, sin formalidades, sin recepciones nupciales, sin alfombras rojas y sin dote; y es mejor así. La dote ponía, sobre todo al padre de muchas hijas, en violenta obligación de asegurarle a cada una cierto patrimonio nupcial, a veces directamente proporcional a las buenas cualidades del llamado partido.

La suerte de la mujer medieval fue, desde luego, deprimente. Resulta obvio hablar de cinturones de castidad, de nobles muchachas prisioneras en los torreones, de amores desgraciados con pajes atractivos pero pobres, de días ociosos, de escasa higiene (más bien de suciedad) y de matrimonios de conveniencia. Todo ello, aunque es historia, se ha convertido en leyenda, e incluso, en fábulas. Pero la realidad femenina no está únicamente formada por bellas damas. Las nobles eran una feliz minoría. En la Edad Media la mujer era poco más que una bestia. Constreñida a vivir en condiciones miserables, como asimismo vivían los hombres, era considerada por ellos como una esclava, lo que equivale a decir esclava de esclavos. La miseria no constituía el terreno común en el poder cultivar el consuelo de la solidaridad y de la esperanza. Por el contrario, era pretexto para aberraciones indescriptibles. Los siglos que se nos han descrito como más románticos (los de los caballeros enamorados de bellas damas) fueron, en realidad, los más oscuros también para la emancipación femenina. Con el matrimonio resolvía un hombre el problema de su vida, el de perpetuar su estirpe, el de tener una casa y, sobre todo, el de descargar sobre los débiles hombros de su compañera los más pesados trabajos, aun en el caso de que ésta, agotada por un enésimo embarazo, arriesgara la vida por exceso de fatiga. Se casaban las mujeres, ya, a la edad de doce años, parían a sus hijos, eran viejas a los treinta, y la mayoría morían jóvenes.

La condición de la mujer era dura y miserable. Hay quienes atisban en el siglo XII un leve mejoramiento de la situación femenina, gracias a lo que hoy se llama el amor gentil.

En España la situación se aclara un poco con el Renacimiento. En los siglos anteriores, solamente sobresalieron de las tinieblas algunos nombres de santas, como por ejemplo, Isabel de Castilla, Teresa de Jesús, Elisenda de Moncada.

La Revolución Francesa fue una revolución burguesa y típicamente masculina. Y, si bien es cierto que las mujeres estuvieron al lado de los hombres en las manifestaciones populares, y que gritaron conjuntamente con ellos en las plazas ¡muerte a los señores!, su presencia fue meramente numérica, y no se distinguieron individualidades. Pronto el triunfo de la burguesía volvió a encerrar en los salones la inteligencia femenina.

El siglo XIX no ofrece una perspectiva demasiado alentadora. Si en el XVIII la mujer (al menos la privilegiada) gozaba de aquel derecho a la instrucción, quizás revisado y corregido para adaptarlo a la naturaleza femenina, ahora el hombre le impone nuevamente su voluntad. Se trata esta vez de un hombre nuevo, un burgués que vive en una dimensión histórica diversa, creada por la Revolución Francesa, y reproduce en la familia las injusticias padecidas por sus antepasados (artesanos, escribientes, mercaderes, etc.).

En la primera posguerra, la emancipación femenina fue sobre todo estética; la mujer se liberó de las faldas largas (equivalentes a los múltiples velos de las mujeres orientales) y aceptó, con gusto, el nombre que, inicialmente, le dedicaron los hombres como insulto y para descorazonarla; marimacho. Faldas cortas, cabellos cortos. Un modo nuevo de afrontar la vida. La Segunda Guerra Mundial rompe definitivamente los diques y la mujer se libera de la esclavitud moral en la que los hombres la habían arrojado.

Pero, ¿se ha liberado definitivamente? Creemos que no. Todavía se da una importancia excesiva al juicio de los hombres. Juicio que es pura hipocresía, como lo demuestra el hecho de ciertos meridionales, celosísimos de su compañera y vigilantes de su correcto proceder. En cualquier caso, es indudable que la mujer ha avanzado muchos pasos.

El siglo XIX descarta la heroína estudiosa. Si acaso, surgirá alguna figura de mujer intelectual y petulante, poco más de una caricatura. Y resulta que los sensibles intérpretes de la realidad femenina eran hombres. Cuando la mujer toma la pluma, las cosas cambian. Jane Austen, por ejemplo, logra transmitir a sus protagonistas un carácter más auténticamente femenino que el de todas aquellas heroínas creadas por hombres de una fama a la de la escritora inglesa.

¿Es distinta hoy la situación? Es cierto que, en las altas esferas, más evolucionadas, el prestigio de una mujer va ligado al de su marido. Raras veces la mujer que trabaja o que tiene una carrera, logra conseguir algo más que un cierto estupor (¿Cómo se las habrá arreglado ella sola?) al que en seguida se añade la sospecha de ayuda masculina.

Nunca se ha esforzado la mujer por entenderse a sí misma. Por lo general, tiene más confianza en los hombres. Si espera un hijo, prefiere el ginecólogo a la tocóloga. Si se siente psicológicamente afligida, prefiere tenderse en el diván de un psicoanalista varón. Si un muchacho le dice a una jovencita que la comprende, ésta se siente complacida y vagamente honrada. En definitiva, la mujer confía más en la inteligencia masculina que en la femenina, y está claro que semejante actitud no favorece, en absoluto, la causa de la emancipación.

Las jóvenes de hoy parecen distintas. Constituyen, para sus madres y abuelas, una fuente de preocupaciones y al mismo tiempo de esperanzas y hasta de orgullo. Cuando una hija se escapa de casa para crearse en otra parte una vida propia, se escandaliza más el padre que la madre, aunque ésta lllore más que aquél. En medio del dolor y del ansia, alumbra un rayo de esperanza: al menos, que consiga salvarse. ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Por qué? Son preguntas que, entre lágrimas, se mantienen sin respuesta. La esperanza permanece al nivel de una sensación íntima.

Cuando el hombre y la mujer comprendan que la emancipación femenina no consiste en una transformación de tipo viriloide, desaparecerá todo equívoco.

Ya no habrá mujeres-camaradas a las que los hombres no prestan el menor respeto y les niegan toda atención y ternura, sino mujeres-compañeras, no menos femeninas que sus antepasadas, pero más responsables, más sinceras en sus gestos de amor, más satisfechas de sus propias elecciones, a las cuales no costará dedicar, como antaño, una flor o un madrigal. Dicho en otros términos, no se trata de hacer que la mujer se parezca al hombre, sino de aceptar la sencillísima idea de que la naturaleza ha querido dos seres complementarios y distintos que pudieran vivir juntos en la igualdad de derechos y deberes y, sobre todo, en el amor.

2.- EL SEXO

Basta pasarse por la ciudad y echar una ojeada a las carteleras de los cines para percatarse de como se ha extendido la pornografía. En pocos años los carteles con desnudos femeninos y masculinos en actitudes inequívocas y con títulos provocativos y vulgares, se han hecho parte integrante del pasear ciudadano.

Cuando se ve una película que ridiculiza ciertas costumbres y maneras de vivir españolas de tiempos atrás, en general se sonríe como si se tratase de un fenómeno que ya no afecta a nadie.

Las apariencias engañan: la realidad no está hecha únicamente de hippies y gente sin prejuicios, sino de mujeres que se han emancipado sólo de palabra y, a veces, ni siquiera esto. Ciertamente algunas muchachas parecen mucho más avanzadas que sus madres en el camino de la igualdad de sexos, pero no constituye más que una minoría de la que, además, no se conoce el futuro.

La mujer española, desde el punto de vista de educación sexual, ha cambiado muy poco en estos años, aunque sí se encuentra trastornada, turbada, inquieta y más insegura de sí misma.

El otro día, cuando estaba ordenando el despacho de mi marido, encontré bajo un montón de carteles uno de esos periódicos pornográficos –nos cuenta una mujer que se firma.– Para mí fue un golpe violento. Llevo cinco años casada y siempre he creído en la felicidad de mi esposo, de cuyo amor no he tenido la más leve duda durante todos estos años. O sea que no creo que me traicione con otra mujer, porque sé que me ama de veras, pero este descubrimiento me coloca ante interrogantes angustiosos: ¿no le plazco? ¿me ve quizás envejecida? ¿se ha cansado de mi amor? En una palabra ¿soy físicamente la mujer que él quería como esposa? Ahora me pregunto si quizás soy demasiado delgada para su gusto. Comparándome a estas carnes redondas que parecen gustarle, noto una diferencia que me inquieta y me disgusta. Nunca me hubiera imaginado que un periódico y algunas fotos me causaran tal dolor. Naturalmente a él nada le he dicho. Coloqué otra vez la revista en su sitio, debajo de aquellos papeles, y volví a desordenar la mesa para que no advirtiera mi intrusión. Hoy me ha preguntado qué me pasaba, pero me ha resultado muy difícil; ya no estoy segura de mí ni de su amor.

Hasta hace algunos años no existía el problema de las relaciones prematrimoniales. A las chicas se les pedía que llegasen vírgenes al matrimonio, y a las mujeres que fueran buenas esposas y excelentes madres. Pero la crisis ha brotado en pocos años, y las exigencias se han trastocado de tal forma que ha cambiado al modo de pensar de ciertos estratos sociales, aquellos que más directamente influyen en los medios de difusión, los cuales contribuyen, en consecuencia, a generalizar una confusión que pocas personas experimentan. Hasta hace poco, las jóvenes sabían muy bien que la pérdida de la virginidad representaba soltería, prostitución o, en el mejor de los casos, un matrimonio reparador.

El espectro de un matrimonio reparador ya no existe para el joven donjuanesco ya que la autoridad de la familia casi ha desaparecido. A la joven se le deja sola para decidir que así el acto sexual se convierte realmente en un acto de amor, libre de tabúes y fruto de una elección libre.

La educación religiosa tiene una gran influencia sobre el comportamiento de la mujer, aunque ella se aleje pronto de la práctica. Todas las sociedades, hasta las más primitivas, tienen su moral, y hasta ciertos pueblos salvajes, que más que permitir, favorecen horribles apareamientos de niños, oponen a su desenfrenada conducta sexual una férrea regla: la absoluta fidelidad de la mujer al hombre después del matrimonio.

Siglos enteros de dominio masculino han modificado esa paridad negativa con desventaja total para la mujer, en provecho de un tipo de sociedad patriarcal que interpretó a su manera la moral cristiana. De aquí nacieron los tabúes de la virginidad, el honor de la familia, los celos del marido por la esposa, expresiones todas de intolerancia mantenidas, para salvaguardar la legitimidad de la prole y la propiedad. El temor de que una mujer pueda dar a luz un hijo de otro hombre que no sea el marido, hiere el amor a la propiedad, no el amor a

la mujer.

Durante siglos, la familia ha sido una comunidad cerrada, severa y restringida, y el vínculo que la unía (y que todavía hoy la une) pocas veces ha sido el amor y muchas más el interés. Así se explica la necesidad para la joven de mantenerse virgen para el matrimonio: la castidad ha sido para la joven un modo de valorarse a los ojos de los pretendientes, y para el padre una forma de asegurarse el derecho de elegir por sí mismo al hombre a quien daría por esposa a su hija con una dote de indemnización.

Pero ¿cuántas, por obediencia a sus padres, han causado igualmente esta infelicidad, y se han unido a hombres por los que sólo sentían indiferencia cuando no odio y repugnancia? ¿Y acaso no han sido más desgraciadas que las solteras?

Durante la adolescencia y en especial en el período de la pubertad, la muchachita se imagina cómo, dónde y con quién conocerá el amor. Guiada por sus confusas nociones sexuales y aumentándolas con sus sueños eróticos, la muchachita se divierte imaginándose con un escalofrío de qué modo perderá su virginidad y aunque al hablar del sexo con su amiga íntima, lo menosprecie con risitas nerviosas, cuando está sola se debate entre miedo y curiosidad, y el acto sexual ya no le parece un argumento del que pueda reírse.

Se guarda muy bien de confiarse a su madre. Aunque los padres la hubieran querido dar una educación en este sentido, ella jamás superaría la vergüenza de revelar sus sueños prohibidos.

Entonces la muchacha, futura mujer, empieza a convencerse de que está destinada a resolver sus problemas íntimos y, en consecuencia, a encerrarse en sí misma. Crecerá y se hará adulta con este convencimiento. Cuando se case, difícilmente tendrá el valor de hablar con su marido de las propias insatisfacciones o deseos, porque, una vez más, experimentará vergüenza.

Para redimirse, la mujer siente siempre la necesidad de sublimar sus deseos y llevarlos más allá de los límites claros y sencillos de la carne. ¡Cuántas mujeres, mitad en broma mitad en serio, que están siempre enamoradas!

Estar enamorada significa ver el mundo con optimismo e interpretarlo con alegría; creerse protagonista de una maravillosa historia y sentirse privilegiadas y felices como si se naciera por segunda vez. La mujer puede sentirse lanzada hacia una nueva exaltación amorosa, no por el amor, sino por el deseo de alejar de sí el espectro de la vejez. Quiere continuar siendo joven y renovar en su cuerpo y en su espíritu las gozadas turbaciones de los primeros enamoramientos.

Tuve una vida envidiable hasta los veinte años. Desde muy jovencita jamás me faltaron admiradores y disfrutaba en coleccionarlos como si fueran sellos o mariposas. Era la envidia de mis amigas, que si tenían un cortejador se alejaban de mí como si tuvieran miedo de que se lo robase. Estaba convencida de que la vida solamente podía reservarme un estupendo porvenir. Con mi belleza podía aspirar a cualquier hombre, al más rico, al más fascinador. Además, mi madre me repetía que estaba convencida de que llegaría a ser una dama de la alta sociedad con una sensacional matrimonio para mí. Pero yo me divertía al excitar sus cortejos, coqueteaba y flirteaba, y no concedía nada a ninguno, ni siquiera un beso. Jugaba en espera de aquel encuentro que habría de revolucionar mi vida, y estaba segura de que sucedería algún día y me enamoraría locamente.

No era una muchacha rica pero sabía que llegaría a eso. Cuando conocí a Enrique estaba en este estado de ánimo: el de una joven presumida y algo tonta. Y Enrique me pareció la respuesta inmediata a todos mis deseos: guapo, veintiocho años, óptima familia (una de las mejores de la ciudad), riquísimo. Me enamoré de él con la aprobación de mamá, que ya saboreaba por anticipado mis desposorios. Y Enrique se enamoró de mí, atraído por mi belleza. A veces me acusaba de no estar lo bastante instruida. A pesar de tener la intención de inscribirme en la Universidad, estaba todavía en tercero de bachillerato. Me reprochaba y me decía que el

estudio no es un snob sino una necesidad. Yo le escuchaba mortificada, y hubiera llorado de vergüenza. Pero este era nuestro único tema de discusión.

Una vez, Enrique me presentó a sus padres. El padre fue amabilísimo conmigo, pero su madre mucho menos.

Estábamos, prácticamente, siempre juntos. Los antiguos amigos se habían alejado, y ahora me encontraba en un ambiente muy diverso de aquel al que yo estaba acostumbrada: un ambiente de gente rica, de jóvenes refinados, todos amigos de Enrique. Sus compañías fueron también las mías. En aquel grupo yo era, un pez fuera del agua, y cuando regresaba a casa nuestro apartamento me parecía terriblemente pobre y escuálido.

Entre Enrique y yo había habido algún beso pero nada más. Pero una noche sucedió lo que tenía que llegar y que yo siempre había esperado y temido.

A la mañana siguiente, mi moral estaba por tierra. Me reprochaba a mí misma el haberme comportado tan estúpidamente, y me turbaba sobre todo el aspecto sereno de Enrique que continuó tratándome como si nada hubiera ocurrido en realidad.

Me convertí en su amante. Enrique se quedó muy sorprendido al descubrir que antes de él no había habido ningún hombre en mi vida. Dijo algo así como ¡nunca me lo hubiese creído! Estas palabras me hirieron, así como la sonrisa irónica que las acompañó y me llegó muy hondo. Pero las cosas continuaron, aparentemente como al principio. Era siempre gentil conmigo, pero jamás hablaba del matrimonio. Cuando yo preguntaba por sus padres me respondía con evasivas y sin demasiado entusiasmo.

Nada dije a mis padres. Esperaban que me convirtiera en la señora de X., y me dejaban toda la libertad posible para que ese sueño mío, que también era suyo, se realizase. Pero llegó un día en el que no pude ocultar más tiempo la situación, estaba esperando un hijo. La primera persona que lo supo fue, naturalmente Enrique. Se mostró lleno de premuras, intentó darme seguridad, pero sin decirme lo que quería oír: que quería casarse conmigo. Me consolaba como si fuera una extraña. Llegó a decir que había hallado una dirección para resolver mi problema (precisamente así, mío, no nuestro problema...) y en aquel instante me di cuenta de que proponía una cosa horrible: perder a mi hijo.

Entonces recurrí a mis padres: me eché a llorar y mamá comprendió sin más lo que había sucedido. No me reprochaba nada, como si, en el fondo, se sintieran responsables a mi lado. Mi padre intentó interceder por mí y conseguir una entrevista con el de Enrique, (quien lo recibió en su despacho con gran sosiego), y volvió a casa como un perrillo apaleado. El señor de X. le había recordado, muy educada y cruelmente, que yo era mayor de edad (y en verdad yo ya había cumplido los veintiún años), e insinuado que antes de conocer a Enrique ya me hacía notar en toda la ciudad y era famosa por todos los chicos que me cortejaban. Enrique partió en un crucero para un largo viaje. Di a luz a mi hijo que murió poco después de nacer. Interrumpí mis estudios y tengo una grave depresión nerviosa. A mis veintitrés años me siento ya acabada y una vez intenté suicidarme. Todavía soy bella, es cierto, pero odio mi belleza y solamente deseo una sola cosa: la muerte.

El hombre, aun cuando sea ya marido, no se preocupa de la esfera psicológica de la mujer. Incluso suele considerarla como un ser que no piensa. Ella siempre obra por instinto. El hombre no valora el trauma que padece cada mujer con el primer acto sexual y que renueva con los sucesivos. Él se abandona a un placer puramente físico, y ella no le sigue en ese placer, tanto peor para ella: o es frígida, o es anormal. Así se llega a que muchas mujeres, desgraciadas en el matrimonio, pierdan toda ilusión por la vida sexual y continúen soñando despiertas con un amor imposible.

3.- MATRIMONIO

Los acontecimientos esenciales de la vida son tres: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. De los tres, sólo el segundo supone una elección y una voluntad.

El matrimonio es la base de la familia y de la sociedad, tal como ésta última se entiende hoy.

Es importantísimo la época del noviazgo. Es entonces cuando los dos jóvenes enamorados tienen la posibilidad de conocerse mejor, de profundizar en sus sentimientos, de distinguir entre arrebatos y amor.

No hay reglas que puedan arreglar a una muchacha en este período que se toma como uno de los más alegres y despreocupados de la vida.

Hoy se ha dejado libre a los novios. La vigilancia de las vidas es puramente formal, y subsiste todavía en los pequeños pueblos, donde ciertas tradiciones se han conservado más por costumbre que por convicción. La muchacha ha de tomar ella sola una decisión, ha de asumir por sí misma la responsabilidad del matrimonio que la atrae y la repele al mismo tiempo.

El matrimonio es, sin duda alguna, un paso también importante para el hombre, pero el modo en que él se prepara es totalmente diferente. Para la mujer, es el acontecimiento que condiciona toda su vida, es el más importante por que es el definitivo. El hombre es un ser autónomo y que no necesita del matrimonio para realizarse.

El marido no se dejará corregir en absoluto; demostrará más y más aquellos defectos que durante el noviazgo intentaba de algún modo minimizar o desconocer.

Por lo tanto, hay que decir que el noviazgo es un período sumamente difícil. Él y ella juegan y se estudian en un terreno resbaladizo, dulzón, distraídos continuamente en sus manifestaciones de afecto, por el impulso de los sentidos, de la atracción física, de las palabras tiernas y las cartas de amor.

No queremos llegar a conclusiones aventuradas diciendo que es del hombre toda la culpa de un matrimonio mal logrado y menospreciar la parte de responsabilidad de la mujer. También ella se equivoca al dejarse dominar sin reaccionar, y al sepultar en el silencio sus sentimientos. Es perjudicial fingir que todo va bien. Y es tonto convencerse de que el propio matrimonio marcha felizmente cuando no es así.

El prodigio perfecto está en que ambos cónyuges sepan ser amantes y compañeros en la reciprocidad de afecto y de atracción física. El amor físico no perdura y ahí lo importante que sea el reemplazarlo, no por su hostilidad, disgusto o indiferencia, sino por un cariño sereno y constructivo.

El matrimonio –dice Carl Gustav Jung– es una reacción psicológica que presenta un cuadro muy complejo compuesto por elementos subjetivos y objetivos de tipo heterogéneo. Y toda la relación psicológica presupone la existencia de la conciencia. Pero un joven (hombre o mujer) que esté en edad de casarse, aunque posea la conciencia del yo, tiene todavía dentro de sí vastas regiones de inconsciencia primitiva que obstaculizan continuamente la posibilidad de una relación psicológica. ¿Cuáles son los móviles todavía inconscientes que pueden influir en la elección? Jung indica que, al principio, son los que dependen de la influencia de los padres. En la elección del otro cónyuge sería determinante el lazo afectivo entre la joven y su padre y entre el muchacho y su madre. Un joven unido con su madre tenderá, inconscientemente, a buscar a una mujer que se le parezca. Y lo mismo le ocurrirá a una muchacha particularmente encariñada con su padre, que deseará tener un marido semejante a él. Esta limitación se repite también en sentido inverso, ya que los jóvenes podrían buscarse el propio ideal en personas antitéticas a los padres.

Una muchacha se transforma en pocas semanas o en pocos meses en una mujer y estas transformaciones pueden clasificarse en tipos. A grandes rasgos, las mujeres-tipo son cuatro: la mujer-niña, la mujer-madre, la mujer-narcisista y la mujer-compañera.

La mujer-niña es una adolescente que juega a hacerse señora. No cree aún en la realidad de su nueva vida y acepta cada responsabilidad como una novedad a la que no hay que dar demasiada importancia.

Emotivamente es inestable e insegura. No ha resuelto todavía sus problemas de la infancia y siente la necesidad de una relación estable con la madre.

Su marido es su esclavo, bien arreglado, amado, acariciado, pero siempre a sus pies. Ella requiere, continuamente alabanzas por un plato bien guisado, por un vestido que estrena y si, por ejemplo, el marido no se percibe de que llega de la peluquería, ya hay lágrimas y morritos.

Pero si la mujer-niña es comprendida y guiada, si él le hace al mismo tiempo de marido, de padre y de madre, ella permanecerá así hasta su vejez, transportada en sus deliciosos asombrosos; continuará con sus sonrientes tonterías sin advertir jamás su propia puerilidad.

La mujer-madre es, quizás, el tipo de mujer más aburrido que pueda tocarle a un marido, y a menos que este, como contraste, sea un hombre débil y necesitado de guía. Es autoritaria pero tierna como las madres. Trata al marido como a un chiquillo, le da consejos que no se les ha pedido y sabe lograr que los ponga en práctica. Es exigente y hasta avaricioso. Suele ser alta, robusta, llena, y en su vejez tenderá a engordar. Está llena de virtudes domésticas y se jacta de sabia y juiciosa. Desde el noviazgo no disimula su verdadero objetivo: tener hijos.

Su objetivo inconsciente es dominar al hombre, deslumbrarle con su gran personalidad y desarmarle como a un enemigo. El hombre que se encuentra con una mujer-madre se verá ligado cada vez más a su carro y muy raras veces tendrá valor para librarse de su tiranía.

La mujer-madre es tan débil para hacerse imprescindibles a sus hombres, que frena para siempre el natural deseo de independencia de sus hijos. Ni siquiera necesita preocuparse, como la mujer-niña (desde luego más divertida y simpática) por su belleza y por su físico. Se siente fuerte aunque lleve un vestido negro y viejo, o con el rostro arrugado y sin maquillar. Su fuerza reside en su imperioso carácter de auténtica reina del hogar.

CÓMO HACER FUNCIONAR TU MATRIMONIO

1.- EL MATRIMONIO NO ESA LO QUE UNO PIENSA.

Matrimonio es una de las formas de relación más importantes en la vida de casi todos los adultos que pueblan el planeta.

El matrimonio es un negocio. Es una sociedad entre dos personas. Se requiere una licencia del Estado, un certificado de viabilidad, algún capital, y un lugar para que la sociedad se establezca. Algunas sociedades (en Europa y en el Lejano Oriente) asumen el matrimonio literalmente como un negocio.

2.- UNA VIDA SEXUAL CÓMODA Y SEGURA.

Los hombres y las mujeres se casan porque así pueden satisfacer sus necesidades sexuales mejor que de ninguna otra manera.

Pero no hace falta estar casada para tener una vida sexual.

El acontecimiento sexual en el matrimonio implica menor riesgo de enfermedades y también menos dificultades en el caso de no desear un embarazo.

3.- PRINCIPALES CAUSAS DE FRUSTRACIÓN EN EL MATRIMONIO.

Cólera y sometimiento	58
Rechazo	37

Pasividad y dependencia	30
Relaciones sexuales	26
Compañerismo	25
Familia	24
Conducta neurótica	15
TOTAL	215

OPINIÓN PERSONAL

Hemos encontrado la información fácilmente en la Biblioteca de Sevilla, pero ha sido tan ilimitado que hemos tenido que resumir bastante.

Es un trabajo bastante subjetivo y toda nuestra información ha sido sacada de escritores que opinan del tema y que estamos de acuerdo con ellos. Es muy difícil de exponer y lo único que se puede hacer es abrir debates sobre el lugar que ocupa la mujer en la pareja, o si la mujer desempeña un papel importante en el matrimonio.

BIBLIOGRAFÍA

Ética Comunitaria

- Autor: Pedro María Zalbide Zaballa y Francisco de Asís Bajo Boada
- Editorial: Larrauri

Sicología de la mujer

- Autor: Dora Kreiser
- Editorial: De Vecchi

Cómo hacer funcionar tu matrimonio

- Autor: Paul Hauck
- Editorial: Plaza & Janes Editores

4

•